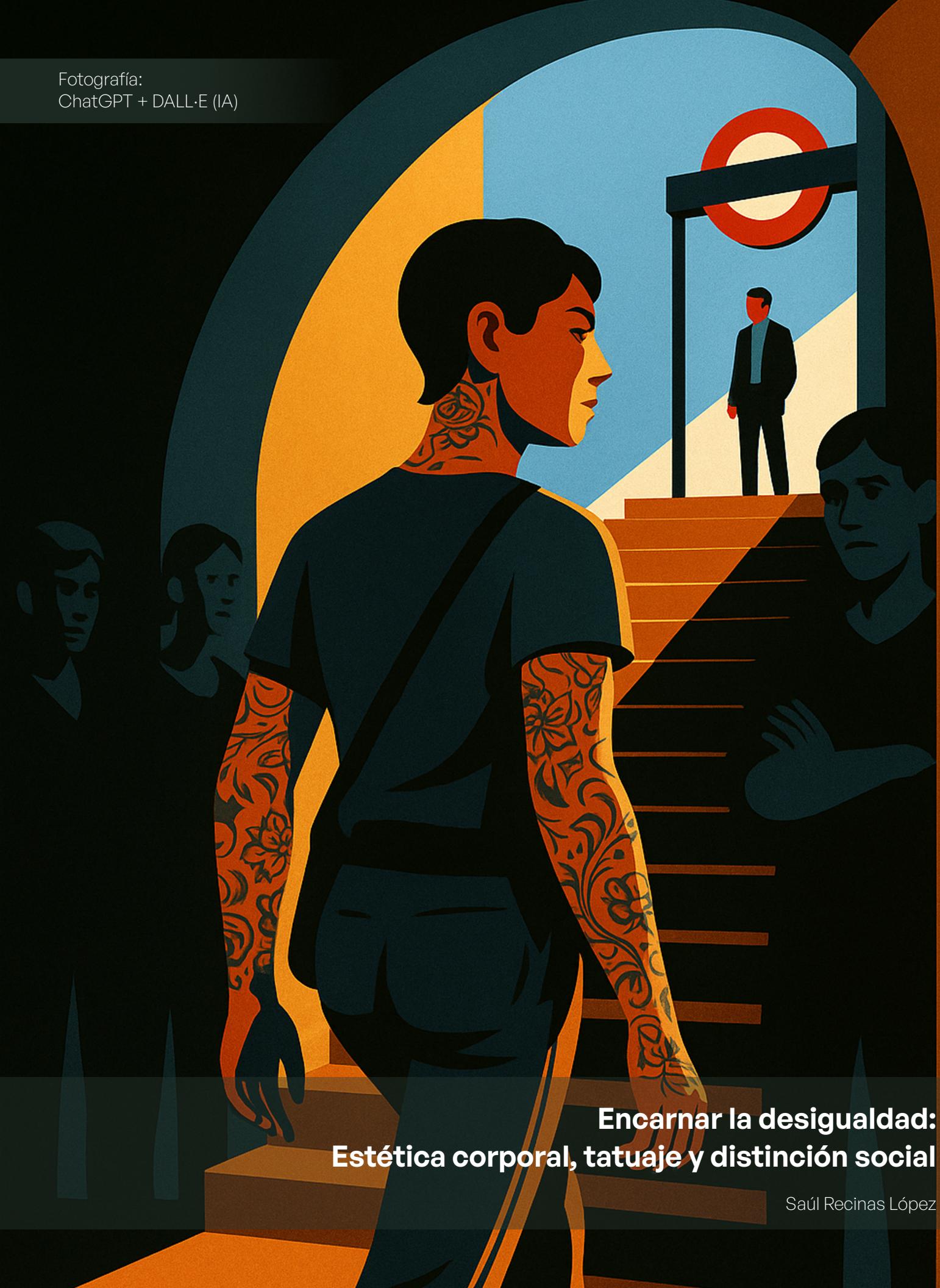
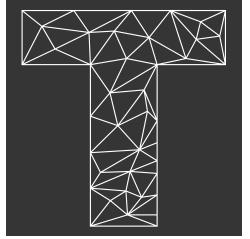


Fotografía:  
ChatGPT + DALL·E (IA)



**Encarnar la desigualdad:  
Estética corporal, tatuaje y distinción social**

Saúl Recinas López



# Encarnar la desigualdad: Estética corporal, tatuaje y distinción social

**Embodying inequality:  
Bodily aesthetics, tattoo and social distinction**

Revista Trama  
Volumen 14, número 2  
Julio - Diciembre 2025  
Páginas: 12-36  
ISSN: 1659-343X  
<https://revistas.tec.ac.cr/trama>

Saúl Recinas López<sup>1</sup>

Fecha de recepción: 26 de mayo, 2025  
Fecha de aprobación: 28 de octubre, 2025

Saúl Recinas López (2025). Encarnar la desigualdad: Estética corporal, tatuaje y distinción social. *Trama, Revista de ciencias sociales y humanidades*, Volumen 14, (2), Julio-Diciembre, págs. 12-36

**DOI:** <https://doi.org/10.18845/tramarcsh.v14i2.8321>

<sup>1</sup>UNAM, Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, becario del Instituto de Investigaciones Sociales bajo la asesoría de la doctora María Cristina Bayón. Doctor en Ciencia Social con Especialidad en Sociología por El Colegio de México.

**Correo electrónico:** saul.recinas@gmail.com

**ORCID:** <https://orcid.org/0009-0000-7545-163X>

# Resumen

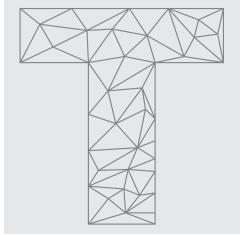
Este artículo analiza cómo las prácticas estéticas corporales —en particular los tatuajes— funcionan como dispositivos de distinción y reproducción de desigualdad simbólica en la Ciudad de México. A partir de un enfoque cualitativo que combinó entrevistas semiestructuradas y foto-licitación, se examinan los juicios estéticos y morales que los sujetos movilizan al valorar los cuerpos tatuados, mostrando cómo en ellos se condensan estructuras de clase, género y raza. Desde una perspectiva bourdieusiana, se argumenta que el gusto opera como una frontera moral que transforma diferencias materiales en diferencias legítimas de valor, mientras que la corporalidad tatuada se convierte en un espacio donde se inscriben y disputan jerarquías sociales. Los hallazgos muestran que, bajo discursos de autenticidad y libertad, persisten formas sutiles de violencia simbólica que justifican el desprecio y desplazan las desigualdades estructurales al terreno de la responsabilidad individual. Las narrativas analizadas revelan cómo la distinción estética se sostiene mediante la descalificación moral del otro y la patologización de ciertas corporalidades. El estudio propone una comprensión del cuerpo tatuado como superficie donde se inscriben jerarquías sociales y se negocian los límites de la respetabilidad. Al mostrar cómo las desigualdades simbólicas se actualizan en los juicios y miradas cotidianas, el análisis revela que la estética corporal es también una práctica moral y política, en la que la distinción y la exclusión se vuelven experiencias encarnadas.

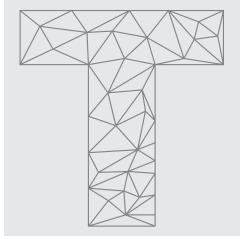
**Palabras clave:** estética corporal; desigualdad simbólica; tatuaje; distinción social; violencia simbólica.

# Abstract

This article examines how bodily aesthetic practices—particularly tattooing—function as devices of distinction and symbolic inequality in Mexico City. Based on a qualitative approach combining semi-structured interviews and photo-elicitation, the study explores the moral and aesthetic judgments people mobilize when assessing tattooed bodies, showing how these evaluations condense structures of class, gender, and race. Drawing on a Bourdieusian framework, it argues that taste operates as a moral boundary that transforms material differences into legitimate differences of value, while the tattooed body becomes a surface on which social hierarchies are inscribed and contested. Findings reveal that, beneath contemporary discourses of autonomy and authenticity, subtle forms of symbolic violence persist—justifying contempt and displacing structural inequalities into the realm of individual responsibility. The narratives analyzed expose how aesthetic distinction relies on the moral disqualification of others and the pathologization of certain bodies, legitimizing inequality through the language of health, effort, and “good taste.” The study advances an understanding of the tattooed body as a site where social hierarchies are materialized and the limits of respectability are negotiated. By showing how symbolic inequalities unfold in everyday judgments and gazes, the analysis reveals that bodily aesthetics are also moral and political practices through which distinction and exclusion are embodied.

**Key words:** bodily aesthetics; symbolic inequality; tattoo; social distinction; symbolic violence.



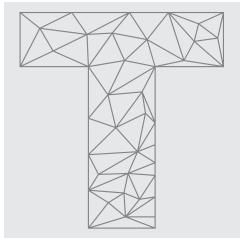


## Introducción

Las narrativas contemporáneas sobre tolerancia y aceptación de la diferencia suelen ocultar las dinámicas de poder que operan en las interacciones cotidianas. En este contexto, la moralidad cumple un papel fundamental, pues —como señala Simmel (2014)— se consolida en prácticas complejas que no solo estructuran la sociedad, sino que además legitiman relaciones de poder. Así, la reafirmación de estructuras sociales asimétricas se vale de prácticas que a menudo pasan desapercibidas (Kleinman, 2000). En este marco, el presente estudio parte de una pregunta central: ¿de qué manera las valoraciones estéticas sobre el cuerpo tatuado reproducen, en lugar de desarticular, las jerarquías simbólicas que organizan la vida social?

El artículo plantea que la expansión de las prácticas estéticas corporales en contextos urbanos no necesariamente implica una democratización del gusto ni una mayor aceptación de la diferencia, sino que puede constituir un terreno donde se actualizan las fronteras morales y de clase. Desde esta premisa, el trabajo se propone tres objetivos: (1) analizar los tatuajes como significantes de jerarquías sociales, (2) develar los mecanismos discursivos que naturalizan estas desigualdades, y (3) examinar su impacto en el acceso a oportunidades. Estos objetivos buscan no solo describir las percepciones sobre el cuerpo tatuado, sino comprender los procesos mediante los cuales las prácticas estéticas se convierten en dispositivos de distinción y reproducción simbólica de la desigualdad.

Basado en un acercamiento cualitativo en la Ciudad de México, específicamente mediante entrevistas y foto-licitación, se busca comprender las narrativas en las que se expresan juicios estéticos y morales sobre los cuerpos, revelando cómo estas evaluaciones están profundamente arraigadas en sistemas más amplios de clasificación y diferenciación social. Este análisis parte de la premisa de que tales narrativas no son meras opiniones subjetivas, sino que constituyen esquemas de pensamiento incorporados a partir de la posición social y las condiciones de socialización de los agentes. Al examinar la formación y reproducción de sistemas de evaluación de estéticas corporales, es decir, cómo los agentes “deciden” construir su propia subjetividad y la conformación de esquemas de apreciación sobre otros, se busca comprender la reproducción de sistemas de diferenciación que se cristalizan en la profundización de las desigualdades. En última instancia, este análisis aspira a contribuir a una mejor comprensión sobre cómo las valoraciones estéticas están vinculadas con jerarquías sociales concretas, influyendo en las oportunidades, el reconocimiento y las experiencias cotidianas de los individuos en diversos contextos y situaciones sociales.

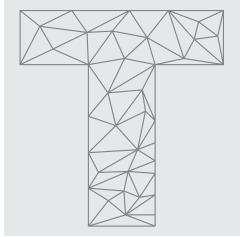


El artículo se estructura de la siguiente manera: en primer lugar, se exponen las coordenadas teóricas que orientan el análisis, centrándose en la comprensión de los procesos de diferenciación y su intrínseca relación con la génesis y perpetuación de sistemas de desigualdad social. Subsecuentemente, se delinea el enfoque metodológico, haciendo hincapié en la implementación de entrevistas semiestructuradas y técnicas de foto-licitación así como los criterios que constituyen este proceso. El núcleo analítico del artículo se desarrolla mediante tres secciones interrelacionadas: “Leer al otro a través del cuerpo”, que examina cómo las características físicas y las modificaciones corporales, particularmente los tatuajes, operan como significantes que contribuyen a la diferenciación social; “En gustos se rompe el género”, que explora la configuración de sistemas de separación mediante la evaluación de prácticas corporales; y “Justificar el desprecio y culpabilizar al individuo”, que profundiza en las estrategias discursivas que perpetúan las desigualdades, enfatizando los mecanismos de naturalización y legitimación de jerarquías estructurales. Finalmente, se presentan reflexiones concluyentes sobre cómo estos procesos contribuyen a la reproducción sistemática de estructuras de desigualdad social, las cuales permean y configuran las relaciones objetivas en el entramado social contemporáneo.

<sup>2</sup>Si bien el análisis de estas representaciones contribuye a reconocer la estructuración del mundo en términos jerárquicos, es esencial adoptar una mirada crítica que trascienda la simplificación de la realidad en meras dualidades. En este sentido, siguiendo a Douglas (1973), se puede afirmar que los procesos de categorización social son complejos y matizados, reflejando la diversidad de posibilidades en las interacciones. Esta perspectiva, aplicada a las prácticas estéticas corporales, permite examinar cómo las percepciones y valoraciones se arraigan profundamente en sistemas de clasificación social más amplios.

## I. Marco analítico

Como punto de partida, este análisis se fundamenta en la premisa de que el gusto por ciertos consumos culturales, lejos de ser meras expresiones individuales, actúa como mecanismo que refleja y refuerza las estructuras sociales existentes (Bourdieu, 2014). Estas predilecciones, en tanto producto de las diferencias estructurales, catalizan el orden social de manera jerarquizada, demarcando lo apreciado frente a lo rechazado. Por ende, el gusto, como sistema de disposiciones arraigado en los agentes, se manifiesta como una barrera estructural entre diferentes clases y sectores sociales, operando de manera tan “naturalizada” que rara vez se cuestiona su lógica subyacente en la vida cotidiana (Bourdieu, 2014: 63-64). Este sistema de preferencias no solo organiza cognitivamente lo apreciado y lo rechazado, sino que también contribuye a formar estructuras objetivas de separación y desigualdad. Por tanto, nos encontramos frente a sistemas incorporados que no solo conllevan la toma de elecciones, sino que, además, se cristalizan en representaciones sociales desde las cuales evaluamos, organizamos y nos relacionamos con los otros y con el mundo.<sup>2</sup>



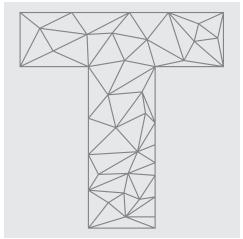
En el marco de estos sistemas incorporados de preferencias, las prácticas estéticas corporales se convierten en un campo de análisis fundamental. La valoración y jerarquización de estas prácticas, incluyendo la diferenciación en la percepción de los tatuajes, emergen como resultado de complejos procesos de legitimación cultural que reflejan y reproducen las estructuras de poder existentes en la sociedad. La hegemonía de ciertas formas estéticas sobre otras emerge de luchas simbólicas donde los grupos dominantes logran imponer sus criterios de valor como universales (Bourdieu, 1996). En esta disputa por el valor estético intervienen no solo criterios de clase, sino también regímenes de visibilidad y apreciación que articulan lo moral y lo visual (Edwards, 2001; Poole, 2000). Desde esta perspectiva, las imágenes corporales —como el tatuaje— forman parte de una economía visual de la diferencia, en la que los cuerpos se convierten en superficies de inscripción social.<sup>3</sup>

La sociología del cuerpo y la estética contemporánea permiten complejizar esta lectura estructural. Desde esta perspectiva, la corporalidad no solo remite a una experiencia individual, sino a un sistema de significados socialmente compartidos. La noción de corporalidad simbólica (Le Breton, 2002, 2010) enfatiza que toda experiencia estética es también una práctica moral y relacional, donde los cuerpos expresan las tensiones entre autonomía y control social. Así, las estéticas corporales, lejos de ser expresiones libres de subjetividad, se configuran como dispositivos de regulación, reconocimiento y exclusión que reflejan la posición social de los agentes y los criterios dominantes de respetabilidad y gusto.

La internalización de esquemas evaluativos que desacreditan las propias prácticas estéticas en favor de aquellas asociadas con grupos de mayor estatus social evidencia la eficacia de los mecanismos de violencia simbólica. Las estructuras de dominación son incorporadas por los agentes, incluso aquellos que se ubican en posiciones subordinadas, llevándolos a percibir y juzgar el mundo social —y por extensión, sus propios cuerpos y prácticas— a través de categorías que perpetúan su propia subordinación (Bourdieu, 2012).

Estos procesos de autoidentificación y diferenciación estructuran formas de ser y hacer, configurando maneras de relacionarnos con el mundo. Los cuerpos, los objetos y las prácticas son la condensación de la estructura social puesta en acción. En este sentido, los relatos sobre identidad y la apreciación de buenas o malas prácticas forman parte de un entramado de sistemas de pensamiento que configuran y refuerzan fronteras morales y sociales (Lamont, 1992 y 2000; Sayer, 2005). El análisis de estas fronteras, es decir, los límites que los agentes

<sup>3</sup>Aunque este artículo no se centra en la dimensión histórica del tatuaje en México, resulta relevante recordar que su práctica ha pasado de los márgenes contraculturales a una amplia diversificación estética y profesional. Hoy conviven estilos, precios y valores simbólicos asociados a distintos sectores sociales, transformación que enmarca las desigualdades simbólicas analizadas en este estudio (Recinas, 2024; en prensa).



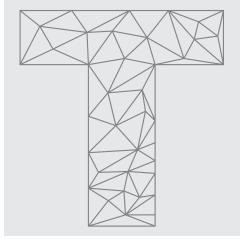
establecen para separar lo moralmente aceptable de lo inaceptable, revela la reproducción social del mundo donde la distribución material y simbólica se ejerce de manera disímil. Estas distinciones sociales contribuyen a recrear sistemas objetivos de separación entre grupos, individuos y prácticas (Southerton, 2002a y 2002b).

Basándome en estas premisas teóricas, mi objetivo es dilucidar cómo los juicios estéticos se traducen en estructuras jerárquicas tangibles, moldeando tanto el acceso a oportunidades como las vivencias cotidianas de los agentes en diversos contextos sociales. Centrándome en los cuerpos marcados por los ideales de una sociedad de consumo individualista (Turner, 2008), intento desentrañar cómo los sistemas hegemónicos influyen en las dinámicas sociales. En este contexto, los tatuajes emergen como un punto focal particularmente revelador. Su análisis, enmarcado en el estudio más amplio de las estéticas corporales, ilumina los procesos intrincados mediante los cuales ciertas prácticas sociales se gestan, se propagan y se transforman. Propongo que estas manifestaciones corporales no solo sirven como demarcadores de identidad grupal o procesos de individuación en el capitalismo global (Le Breton, 2002 y 2010), sino que también se erigen como testimonios vivos de las disparidades y exclusiones que permean las interacciones y la estructura social (Skeggs, 1997; Blackman, 2021).

## II. Metodología

Para analizar la configuración y reproducción de categorías sociales vinculadas con la valoración de estéticas corporales, desarrollé una metodología cualitativa que combinó entrevistas semiestructuradas y foto-licitación. Las entrevistas se realizaron entre septiembre de 2023 y enero de 2024 y se orientaron a comprender las experiencias y percepciones relacionadas con la portación de tatuajes y las corporalidades en distintos contextos. El enfoque fue exploratorio, con el objetivo de identificar patrones emergentes en las narrativas sobre corporalidad y clase social, más que probar hipótesis predeterminadas. Estas entrevistas se complementaron con técnicas de observación, conversaciones informales y documentación visual.

La selección de los entrevistados buscó perfiles contrastantes a partir de estratos sociales de pertenencia, zonas de residencia, género y ocupación. Para definir los estratos, se consideró la



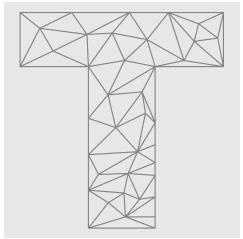
ubicación geográfica (centro/periferia) como un primer indicador, pero también se cruzó con datos auto-reportados por los participantes sobre su nivel educativo, tipo de empleo y acceso a servicios, lo que permitió afinar la clasificación. A tal fin, realicé un total de 21 entrevistas: 10 a habitantes de áreas centrales de la Ciudad de México, conocidas por su predominancia de clases medias-altas, y 11 a residentes de colonias populares ubicadas en la periferia, caracterizadas por sectores medios-bajos. Entre los participantes, hubo 8 mujeres y 13 hombres, con edades que oscilaron entre los 25 y los 37 años. Sus ocupaciones incluyeron perfiles diversos: desde profesionales (subdirector de RH, ingeniera industrial) y trabajadores formales (fisioterapeuta, profesora), hasta oficios informales y ocupaciones vinculadas a la estética corporal (tatuadores, perforador).

Esta aproximación metodológica permitió explorar cómo las complejidades socioculturales configuran las subjetividades en contextos urbanos distintos, donde la comparación inicial entre centro y periferia se enriqueció con la diversidad interna de cada zona: profesionales universitarios y trabajadores de servicios en áreas centrales coexistieron con comerciantes locales y jóvenes con formación técnica en la periferia. Así, el contraste no solo se dio entre zonas, sino al interior de cada una, captando cómo las percepciones sobre corporalidad y tatuajes varían incluso dentro de un mismo estrato social.

Durante las entrevistas, implementé la técnica de foto-licitación (Harper, 2002, 2012) para analizar percepciones sobre corporalidad<sup>4</sup>. Mediante imágenes previamente seleccionadas que mostraban un espectro de características físicas -tatuajes desde discretos hasta extensos, incluyendo diseños asociados a identidades marginales (como símbolos carcelarios) y otros vinculados a estéticas de prestigio (ilustraciones o realismo, por ejemplo), así como variaciones en tonos de piel, tallas corporales y vestimenta-, busqué evidenciar cómo el cuerpo se inserta en jerarquías sociales. Estas representaciones de estereotipos comunes reflejadas en las fotografías, lejos de legitimarlos, sirvieron como detonantes para que los participantes discutieran sus dimensiones constitutivas. La técnica visual, por ende, se integró no solo como instrumento de estímulo, sino como vía interpretativa que permitió identificar las asociaciones morales y de clase que los entrevistados proyectaban sobre los cuerpos representados.

En la fase final de cada encuentro, presenté este material visual acompañado de preguntas clave: “*¿Qué piensas que esta persona hace en su vida diaria?*”, “*¿En qué espacios crees que se desenvuelve?*”, “*¿A qué piensas que se dedica?*” o “*Dame una opinión sobre lo que ves en*

<sup>4</sup>En este artículo incorporo algunas imágenes que fueron seleccionadas para ser mostradas a las y los participantes entrevistados. Aunque varias de ellas provienen de redes sociales de acceso público (Instagram o Facebook), su inclusión obedece a un propósito analítico, no estético ni representacional. Parte del reconocimiento de que las imágenes nunca son neutrales, pues transmiten formas de clasificación social y juicios morales. Por ello, su uso se plantea desde una mirada crítica y reflexiva, orientada a cuestionar, más que reproducir, las lógicas de estigmatización y jerarquización social. Esta decisión metodológica responde a una reflexión ética sobre la visibilidad y los posibles efectos que puede tener la circulación de materiales visuales en la investigación social.



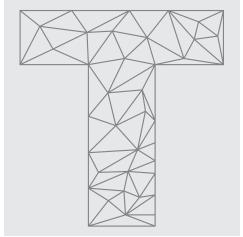
*la imagen, tanto sus tatuajes como su ropa, cuerpo o el espacio donde se encuentra*”. Este ejercicio permitió a los entrevistados relacionar las imágenes con sus propios contextos laborales y rutinas, revelando tanto sus apreciaciones sobre la otredad (le Grand, 2019; Izaola, 2015) como las contradicciones entre discursos de tolerancia y juicios culturales implícitos (Jarness y Sølvberg, 2019).

Finalmente, la documentación visual se desarrolló en dos vertientes complementarias. Las fotografías tomadas junto a los informantes —previo consentimiento— sirvieron para contrastar y profundizar sus relatos sobre estilos de tatuaje, modos de vestir y formas de presentación corporal. De manera paralela, las imágenes capturadas en espacios públicos permitieron observar cómo los cuerpos tatuados se insertan en interacciones cotidianas y adquieren distintos significados según el contexto social. Este enfoque visual no solo amplió la comprensión de las prácticas estéticas, sino que también hizo visible la dimensión relacional y moral de la mirada sobre los cuerpos, resguardando en todo momento la privacidad mediante planos generales o fragmentos sin rasgos identificables.

El análisis de la información siguió un proceso de codificación temática en tres fases: primero una codificación abierta para identificar categorías emergentes vinculadas con corporalidad, gusto y estatus; luego una codificación axial para agruparlas en dimensiones analíticas (moralidad, visibilidad, respeto); y finalmente una codificación selectiva orientada a conectar dichas dimensiones con los conceptos teóricos de distinción y violencia simbólica. En esta etapa se trianguló el material empírico (transcripciones, fotografías y notas de campo), buscando convergencias y tensiones entre discurso, observación y representación visual. Se reconoció como limitación el posible sesgo de deseabilidad social en las respuestas, mitigado mediante la contrastación entre narrativas, observaciones y material fotográfico, así como la revisión conjunta de interpretaciones preliminares con dos participantes, lo que fortaleció la validez analítica del proceso.

### III. Leer y clasificar al otro a través del cuerpo

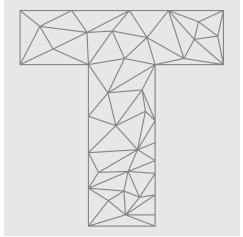
En consonancia con lo previamente expuesto, es notable que gran parte de las narrativas contemporáneas giran en torno a la



apropiación del cuerpo y la aceptación de diversas formas de expresión corporal. Los discursos que promueven la modificación, moldeamiento o decoración del cuerpo están presentes en las interacciones cotidianas, los medios de comunicación y las diversas producciones culturales. Basta con examinar la publicidad de mercancías para el cuidado corporal o la amplia gama de servicios enfocados en “mejorar” la apariencia y el estado físico: desde procedimientos anti-envejecimiento y cirugías estéticas, hasta planes nutricionales y regímenes de entrenamiento personalizados. Algunos autores como David Le Breton (2010) sostienen que la apropiación del cuerpo conlleva una pluralización de las prácticas mediante las cuales se constituyen las subjetividades y, consecuentemente, exacerbía la individualización en las sociedades contemporáneas. No obstante, estos enfoques suelen pasar por alto un principio fundamental: la diversificación del mercado que ofrece productos y servicios para la construcción de nuestros cuerpos implica inherentemente procesos de desigualdad. En efecto, esta aparente agencia que la contemporaneidad brinda al individuo para apropiarse del cuerpo se ejerce y valora de manera estratificada.

Este escenario permite analizar cómo la configuración de las corporalidades se manifiesta en las interacciones cotidianas. El cuerpo, al ser el elemento primordial en las relaciones interpersonales, activa diversos sistemas disposicionales que moldean nuestras acciones y vínculos sociales. La intersección entre la mirada y el cuerpo pone en marcha sistemas de percepción y apreciación sobre los otros, fundamentados en clasificaciones sociales históricamente construidas y legitimadas, cuyo principio fundamental es “ordenar” el mundo (Douglas, 1973). En consecuencia, la estética corporal —que abarca tanto las características físicas como los elementos decorativos, tales como tatuajes o indumentaria— se inscribe en un universo de consumos diferencialmente valorados.

Los discursos que estereotipan ciertos cuerpos y expresiones estéticas establecen una jerarquía entre lo valorado y lo rechazado, ejerciendo un poder simbólico que decreta lo socialmente distinguido y, por tanto, constituyen una parte esencial de las dinámicas sociales cotidianas. Desde esta perspectiva, la estética opera como un campo de poder donde las diferencias materiales se traducen en diferencias morales: lo visible deviene signo de virtud o de peligro, de disciplina o de descontrol. Esta jerarquía estética funciona como una forma de violencia simbólica (Bourdieu, 2012), pues transforma las diferencias materiales en diferencias de valor y gusto, haciéndolas aparecer como naturales o merecidas. Se manifiesta en las posibilidades de acceso a ciertos espacios y en el reconocimiento social que experimentan

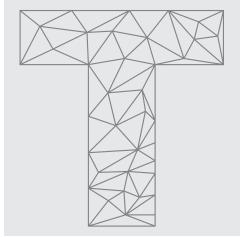


algunos agentes. La abstención de frecuentar determinados lugares, la vigilancia excesiva en espacios comerciales o los sentimientos de vergüenza en situaciones específicas son algunas de las manifestaciones objetivas de la desigualdad y segregación social que resultan de estos procesos de categorización corporal.

Sin embargo, como bien han mostrado distintos estudios sociológicos (Douglas, 1973; Newman, 1999; Southerton, 2002a y 2002b), este ejercicio de diferenciación no se limita a un sistema binario que contrapone a un grupo “dominado” contra otro “dominante” o a “la periferia” contra “la centralidad” de la ciudad. Por el contrario, se trata de situaciones caracterizadas por una multiplicidad de facetas que consideran dimensiones tales como el género, el origen social, el tiempo, el espacio e incluso, para el caso particular, el tipo de consumo y los elementos que constituyen las subjetividades. Los tatuajes, entonces, cobran un valor particular en relación con los cuerpos que los portan y el contexto en que una persona se desarrolla. Se trata de cuerpos historizados, con trayectorias, condiciones estructurales y características físicas particulares. Laura, una mujer de clase media y residente de la colonia Roma, considera que las marcas corporales son una ventana para entender ciertas condiciones sociales. Menciona:

Yo creo que justo los tatuajes hablan mucho del contexto de la gente. Hay gente que se hace tatuajes horribles que no se van a poder quitar. O sea, pero bueno, probablemente son tatuajes que les cuestan 500 pesos, también tiene mucho que ver eso. Tal vez si ellos tuvieran 3,000 o 4,000 pesos para irse a tatuarse con alguien bueno se podrían hacer mejores cosas. [Laura, 30 años, trabajadora y dueña de una barbería en la colonia Roma]

Los tatuajes en este contexto no solo contienen significados individuales vinculados con la historia de cada persona (Kosut, 2000), además, permiten entender las condiciones sociales en las que se incrusta “un cuerpo tatuado” y cómo estas marcas adquieren sentidos móviles en el espacio urbano (Boudreau et al., 2020): su posición social, el acceso que tiene a recursos materiales, sociales, culturales y simbólicos. El relato de Laura evidencia cómo el gusto funciona como un lenguaje de clase: distinguir entre “buenos” y “malos” tatuajes equivale a distinguir entre cuerpos legítimos y cuerpos deficitarios. En su juicio, el “mal tatuaje” no es solo una elección estética, sino un signo de carencia económica y cultural. Así, la calidad del tatuaje se convierte en un marcador de distinción que reproduce la desigualdad simbólica, al asociar el “buen gusto” con el poder adquisitivo y el acceso a capital cultural. En este proceso toman partida las concepciones culturales, ejercidas desde la individualidad, desde las que se distingue “lo bello”

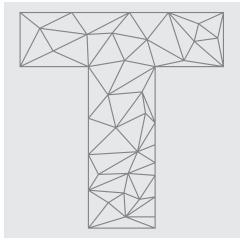


de “lo feo”. Portar un tatuaje implica decidir sobre una gráfica particular, sobre una zona en el cuerpo y también se activan los conocimientos relacionados con los diferentes estilos de tatuaje que emergen en la actualidad o las tendencias en este mercado (Recinas, 2024). Aunado a ello se encuentran otras características, algunas propias de la corporalidad (piel, compleción, estatura) y otras relacionadas con la vestimenta e incluso con la posición social.

Evaluar a una persona desde sus características “visibles” o desde su estética corporal, es una vía para entender cómo se ponen en marcha los sistemas de clasificación social y su injerencia en las relaciones objetivas. Asimismo, como lo menciona Laura, estas valoraciones tienden a culpabilizar a los individuos por ciertas condiciones de orden estructural: “*si él tuviera más dinero, tendría un mejor tatuaje*”. Ejemplo de ello son los constantes relatos producidos en los que se privilegian las prácticas de los sectores altos o mayormente valorados: cuerpos delgados o “atléticos”, piel blanca, ropa acorde con la tendencia actual. En contraparte, se encuentran discursos cargados de estereotipos en los que se generaliza sobre prácticas negativas que vinculan la apariencia con prácticas demonizadas (Bayón y Moncrieff, 2022). El relato de Ernesto, un residente de la periferia permite entender la reproducción de discursos normativos sobre cuerpos, tatuajes y prácticas sociales condenadas:

A mí, por ejemplo, no me gustan los tatuajes que parecen caneros . Me hace pensar que ese bato viene de la calle, que ha estado más tiempo en la calle que en su casa. Que no hay un entorno familiar. Que no hay alguien que lo ponga un límite. Y tú ves que son tatuajes hechos en la calle. Y claro, las zonas de la ciudad marcan distintos tipos de estéticas en los cuerpos y en los tatuajes. Porque tú puedes hacerte una idea de la persona con el simple hecho de verle un tatuaje. ¿Por ejemplo? Como te lo dije, el tatuaje canero, los que suelen hacerse en las cárceles, tú sabes de dónde puede venir esa persona. Y si no de dónde puede venir, pues sabes qué es lo que puede hacer. Son batos peligrosos. En cambio, si ves un tatuaje bien delineado, bien marcado, aunque también use sombras en negros, pues son chavos, personitas o “niñas bien” que de alguna forma lo único que buscan es divertirse. Con ellos es cero problemas. [Ernesto, 47 años, coordinador de ambulancias en el sector público]

El relato de Ernesto ilustra cómo las narrativas sobre los tatuajes operan como mecanismos de construcción y perpetuación



de fronteras que refuerzan la distancia social. En este caso, la referencia al “tatuaje canero”<sup>5</sup> actualiza una categoría históricamente asociada a las cárceles, pero que hoy funciona como un marcador moral de marginalidad y peligro. La hostilidad hacia estas marcas no solo expresa una preferencia estética, sino que moviliza un sistema de juicios que transforman la apariencia corporal en un criterio moral que distingue entre cuerpos “legítimos” y cuerpos “peligrosos”.

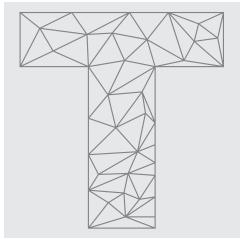
En efecto, los juicios estéticos están profundamente entrelazados con juicios morales y sociales. La distinción entre los tatuajes “caneros” y los “bien delineados” vincula las cualidades de los tatuajes y de quienes los portan con prácticas sociales evaluadas mediante sistemas normativos. De esta manera, la violencia simbólica se corporiza: la piel se convierte en superficie donde las jerarquías se inscriben y desde donde se reproduce el orden social. Por el contrario, demoniza a quienes portan tatuajes asociados con “la calle”, “con un entorno familiar incapaz de poner límites”.

Estos relatos expresan cómo los agentes participan activamente en la reproducción de esquemas de clasificación que legitiman las jerarquías sociales mediante el gusto y la apariencia. El cuerpo, por tanto, no es solo objeto de juicio, sino también práctica performativa: un modo de hacerse visible, de reclamar o ceder reconocimiento, de ubicarse en el mapa moral de la sociedad.

## IV. *"En gustos se rompe el género": Sistemas de separación*

El gusto se erige como uno de los sistemas de separación objetivados que ordena el mundo entre clases y estratos sociales; es, por tanto, un elemento de diferenciación social (Bourdieu, 2014). Si bien en la actualidad la pluralidad y el aparente acceso a un amplio abanico de posibilidades de consumo difumina ciertas barreras entre unos grupos y otros, los datos continúan mostrando una estructuración social asimétrica en diferentes contextos (Chan, 2010; Bennett et al., 2009). En efecto, la desigualdad no solo se manifiesta en términos materiales, sino que además adquiere una dimensión simbólica que otorga reconocimiento a objetos, personas, prácticas, espacios y grupos. La valoración diferencial entonces, constituye uno de los bastiones desde los que se producen las dinámicas sociales de inequidad. En este marco, el gusto opera como una frontera moral que convierte diferencias materiales en diferencias “legítimas” de valor, actualizando

<sup>5</sup>En México la denominación de “tatuaje canero” se utiliza para identificar las marcas corporales vinculadas con las cárceles. Estos tatuajes suelen tener características distintivas tanto en estilo como en técnica, debido a las limitaciones de recursos y herramientas en estos entornos. La categoría de “tatuajes caneros” suele tener connotaciones de marginalidad y se asocian con experiencias de violencia y criminalidad.



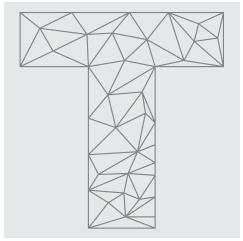
mecanismos de distinción y violencia simbólica.

Por lo anterior, es imprescindible entender que en el proceso de consolidación de identidades la manera en la que nos percibimos en relación con otros es fundamental para establecer y reforzar sistemas de separación social. Es decir, en la propia “naturaleza” del gusto por cierto tipo de estéticas se encuentra de manera inherente el rechazo y la desvalorización de otras. En estos procesos, la autopercepción tiende a marcar un límite que permita diferenciarse de otros sectores o prácticas. El relato de Julio, un perforador y joyero de 31 años, vecino de una colonia popular en el Centro de la Ciudad, enfatiza algunos de los elementos que se ponen en marcha en estos procesos de clasificación a partir de la percepción estética. Comenta:

Una vez me pasó que cuando trabajaba en el mercado cerca de mi casa, ahí por el Centro Histórico, unas chicas me preguntaron que en dónde vivía. Les dije: “vivo aquí a la vuelta” y se me quedaron viendo y me dijeron: “¿De verdad?” y yo: “Sí, ¿por qué o qué? -Pues es que por cómo estás, yo pensaría que vives en otro lado, no aquí”. Y yo así como “¿Cómo? -Pues si vives aquí, yo te imaginaría vestido de chaca o no sé”. Yo creo que ellas me imaginaban en motoneta, con mi mariconera y con una gorra, como es un chaca. Y sí conozco a esa banda, los he conocido por lo mismo de que vivo ahí. Los saludo y ya. No me junto con ellos. Pero sí noto diferencias entre ellos y yo. Primero, yo creo que en cómo hablan, esa es la diferencia más marcada. Cómo hablan y cómo se mueven corporalmente. Y por eso cuando me dijeron que no pensarían que vivo ahí, pues me dio risa. Pensé: “pinches morras cerradas. Por vivir aquí no voy a robar yo también. Por vivir aquí no voy a vestir igual que estos güeyes o no voy a hablar como ellos”. Por ejemplo, ves que ellos traen la mariconera con marcas como Nike o Jordan y pues yo traigo mi riñonera y es una Chrome, que es una marca reconocida de ciclismo. Traigo una sudadera Bones, Powell Peralta. Es distinto. [Julio, 32 años, perforador profesional y residente del Centro Histórico]

En primer lugar, la experiencia permite evidenciar la vinculación de ciertas tendencias relacionadas con formas de vestir y hacer con espacios específicos de la ciudad. En este caso, las mujeres que cuestionan a Julio asumen una correlación entre el espacio habitado y una identidad tipificada, los “chacas”<sup>6</sup>, categoría cargada de connotaciones negativas vinculadas a la violencia y la precariedad. Este ejercicio de categorización social basado en el lugar de residencia revela cómo los espacios geográficos están impregnados de significados y expectativas sobre quienes los

<sup>6</sup>En el contexto mexicano, el término “chaca” o “chaka” se emplea para designar a un segmento de la juventud proveniente de estratos socioeconómicos bajos, frecuentemente estigmatizado y asociado con conductas tales como la violencia y la delincuencia. Esta categorización trasciende las implicaciones de ilegalidad, abarcando también una serie de marcadores estéticos y culturales. Entre estos se incluyen características físicas como la tez morena, preferencias musicales como el reguetón, y un estilo de vestimenta distintivo que suele incorporar indumentaria de marcas deportivas o urbanas, el uso prominente de gorras y accesorios llamativos (Bayón y Moncrieff, 2022). Este tipo de representaciones revela los procesos de construcción social de la diferencia y la manera en que ciertos grupos son tipificados de manera negativa en el imaginario colectivo.



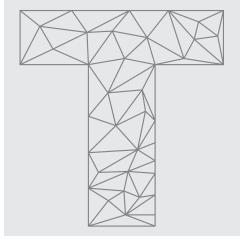
habitan. El gusto, en esta interacción, actúa como un marcador de clase territorializada: un modo de leer y de juzgar los cuerpos a través del espacio que ocupan.

Simultáneamente, el relato de Julio ilustra una negociación de su propia subjetividad a partir del establecimiento de *fronteras morales* frente a lo que le parece inadecuado. Al distanciarse explícitamente de los “chacas”, afirmando que él “*no va a robar*” o “*vestirse de esa manera*” a pesar de compartir la zona de residencia, Julio está realizando un trabajo activo de diferenciación social. Esta distinción se materializa no solo en prácticas (como “*no juntarse con ellos*”), sino también en elecciones estéticas específicas, como el uso de marcas de ropa asociadas a subculturas distintas. Estas preferencias de consumo y presentación personal no son casuales, sino que funcionan como marcadores de identidad y estatus, complejizando la relación entre la decoración corporal y las formas de ser y hacer. Así, el cuerpo y su ornamentación se convierten en un texto social que comunica afiliaciones, distancias y valoraciones. Este proceso de clasificación y evaluación tiene implicaciones objetivas en la estructuración de la vida social, al perpetuar la exclusión, la desigualdad y legitimar estructuras de poder y control social<sup>7</sup> (Skeggs, 1997; Tyler, 2020).

La brecha entre lo “diferente” permitido y lo que se constituye como un elemento de “peligro” se define por la situación y las características sociohistóricas y físicas de quien porta el tatuaje. Es decir, el tiempo, el espacio y la identidad de la persona, en tanto agente de una sociedad, contribuyen a la formación y activación de imaginarios que se traducen en prácticas de relación con el otro (Bhabha, 1983). Por tanto, es relevante descifrar las sutilezas de las situaciones y los múltiples elementos que se ponen en juego al momento de evaluar al otro y activar fronteras sobre lo que puede o no permitirse. La experiencia de Laura ilustra la activación de barreras de separación que derivan en una exotización del cuerpo, caracterizada por ser una práctica que, si bien es diferente, se valora de manera positiva. Ella menciona:

Creo que aquí en la Roma no me pasa tanto sentir que me ven mucho, pero cuando llego a salir de la colonia sí sucede. El otro día fui a una colonia popular y sí me veían como bicho raro: ¡cañón! O sea, era así como que: “ay, mira, ¡qué exótico!”. Pero sólo me llega a pasar cuando es alejado de esta zona. O sea, sé que hay ciertos contextos en los que el uso de tatuajes

<sup>7</sup>En este sentido, si operamos en términos Bourdieusianos, el relato de Julio muestra cómo los mecanismos de distinción transforman las diferencias de clase en jerarquías morales. El “buen gusto” actúa como una forma de violencia simbólica que reviste de legitimidad estética las desigualdades sociales, haciendo que las fronteras de clase se experimenten como diferencias naturales de estilo o carácter.

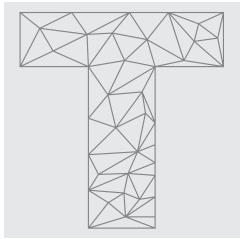


pueda causar como cierto miedo, pero creo que particularmente conmigo no pasa porque soy mujer. No les genero miedo. Tal vez si fuera un vato, con ciertas características, la gente hasta se cruzaría la acera. [Laura, 30 años, dueña de una barbería y residente de la colonia Roma]

La mayoría de los entrevistados refieren ser conscientes de algunas de las dimensiones que contribuyen a que la percepción sobre su presencia tenga variaciones: los espacios, la temporalidad, el género e incluso las formas de vestir. Sin embargo, como sucede en el caso de Laura, la construcción de otredades se condensa en distintas figuraciones que condicionan el tipo de relación que se establece. En otras palabras, las corporalidades (entendiendo tanto la estética como la historia de cada persona) pueden generar interpretaciones que van desde la distinción hasta vincular ciertos rasgos como signos de peligrosidad. En última instancia, lo que se activa son sistemas de clasificación que condicionan el tipo de vínculo que se puede establecer con otros: por un lado, exotizando e incluso sexualizando un cuerpo “diferente” que atrae la mirada mientras que, en otras situaciones, demonizando ciertas alteridades y provocando que sea mejor “cruzarse la acera” y evitar el contacto. La tensión entre exotización y criminalización muestra cómo el gusto y el miedo se entrelazan en la producción de la diferencia: el mismo cuerpo puede ser leído como fascinante o amenazante según quién lo mire y desde dónde lo mire.

Narrativas como la de Laura, ponen en evidencia cómo el género interseca con estas percepciones, suavizando la amenaza percibida que podría asociarse a un hombre tatuado en el mismo contexto, lo que subraya que las fronteras morales y los sistemas de clasificación son multifacéticos, operando tanto a través de la identidad como de la situación<sup>8</sup>. Esta lectura permite comprender que el tatuaje no es solo una marca en la piel, sino una práctica performativa que activa o desactiva la respetabilidad según su portador. La exotización y la demonización son dos caras de un mismo proceso de diferenciación, utilizadas para mantener y legitimar jerarquías sociales y normativas (Tyler, 2018; Ahmed, 2000). Estas prácticas discursivas no solo afectan la manera en que las personas son vistas, sino que también tienen implicaciones en la formación de subjetividades, reforzando la internalización de estas jerarquías y afectando cómo los individuos se perciben a sí mismos y a los demás. En síntesis, el gusto también aparece como una práctica política del cuerpo: un lenguaje cotidiano que ordena lo visible, legitima la desigualdad y define quién puede ser mirado con

<sup>8</sup>El estudio de Kim Rivera (2024) en instituciones católicas revela esta dinámica con crudeza: bajo discursos oficiales de inclusión, implementan registros obligatorios de tatuajes femeninos que exigen justificaciones morales, mientras eximen a los varones de tales requisitos. Esta asimetría delata cómo la retórica de la libre elección corporal encubre en realidad dispositivos genderizados de vigilancia institucional.

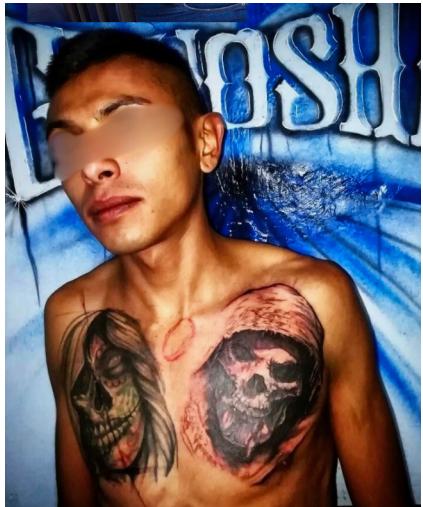
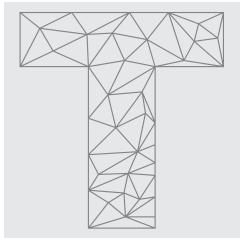


admiración, con miedo o con desprecio.

## V. Justificar el desprecio y culpabilizar al individuo

Como he venido argumentando, las prácticas que buscan generar distanciamientos en torno a ciertas *otredades* pueden tomar diferentes formas, sin embargo, según como lo veo todos ellos tienen un punto en común: condensan estructuras de poder que contribuyen a la legitimación de procesos de exclusión social y desigualdad. En algunas ocasiones la valoración que se hace sobre otros a quienes se les relaciona con sectores socialmente marginados —generalmente relacionados con la pobreza, el “mal gusto”, lo insalubre, la delincuencia— está atravesada por narrativas que, a pesar de un evidente desprecio, buscan justificarse mediante elementos “objetivos” desde los que se culpabiliza al propio individuo por “su condición”.

En lo que refiere a la valoración de corporalidades y sus características estéticas, es crucial reconocer la operación de sistemas de clasificación que trascienden la mera diferenciación para instaurar mecanismos de condena social. Estos sistemas no solo categorizan, sino que estigmatizan a individuos por sus prácticas estéticas, ya sea por portar tatuajes considerados de calidad inferior, por su indumentaria, o incluso por atributos físicos como la estatura, el tono de piel o el peso corporal. Este proceso evaluativo toma como referente las características socialmente privilegiadas, estableciendo una jerarquía que no solo distingue, sino que además culpabiliza y margina a ciertos grupos. Así, se cristaliza un entramado de juicios que, lejos de ser neutrales, refuerzan estructuras de desigualdad preexistentes y legitiman formas sutiles de violencia simbólica. Esta dinámica se evidencia en el siguiente relato, producto de la foto-licitación, donde se responsabiliza al individuo por la “mala” calidad de sus tatuajes, ignorando el contexto sociocultural más amplio.



Fuente: Fotografía retomada del Facebook de un tatuador.

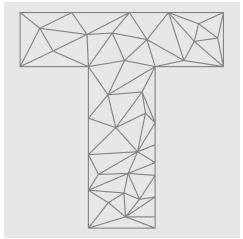
¡No, bueno, pobre carnal!, está horrible su tatuaje. O sea, yo creo que jamás se me hubiera ocurrido hacerme dos calaveras aquí en el pecho. Como que siento que este hombre le entra recio a la cocaína o a la mona<sup>9</sup>. Pero es como te decía hace rato, siento que el problema es que no le quieren invertir a sus tatuajes. Si estas calaveras se las hace con un buen tatuador, pues se vería diferente. Pero a veces no les preocupa eso, no quieren tener buenos tatuajes y deciden hacerse ese tipo de cosas horribles. [Leticia, 31 años, diseñadora gráfica y residente de la colonia Roma]

El fragmento de entrevista revela múltiples capas de juicios y categorizaciones sociales basadas en la apariencia corporal y los tatuajes. En primer lugar, se observa una descalificación explícita tanto de los tatuajes como de la corporalidad de la persona en cuestión. La expresión “¡No, bueno, pobre carnal!, está horrible su tatuaje” no solo denota un juicio estético negativo, sino que también sugiere una actitud condescendiente hacia el individuo, reflejando cómo las evaluaciones estéticas están profundamente entrelazadas con juicios morales y sociales más amplios<sup>10</sup>. Más aún, la entrevistada establece una conexión directa entre la apariencia física del sujeto y el supuesto consumo de sustancias específicas como la cocaína o el solvente industrial. Esta asociación, basada únicamente en la complejión y características corporales, ilustra cómo la estética corporal opera como un marcador moral: lo visible se convierte en evidencia de virtud o desviación.

Asimismo, la afirmación de que el problema radica en que “no le quieren invertir a sus tatuajes” revela una lógica meritocrática que traslada las desigualdades estructurales al terreno de la responsabilidad individual. Esta visión, al asumir una agencia plena del sujeto sobre sus decisiones estéticas, invisibiliza las intersecciones entre clase, capital cultural y acceso a recursos, reduciendo la desigualdad a una cuestión de voluntad o “buen gusto”. En consecuencia, la precariedad se reinterpreta como falta de esfuerzo y el juicio estético se convierte en un dispositivo moral

<sup>9</sup>En el contexto mexicano, el término “mona” se refiere a una forma de consumo de inhalantes. La práctica consiste en impregnar un trozo de estopa o tela con solventes industriales como PVC líquido o thinner, para luego inhalar sus vapores. Este método de consumo, asociado frecuentemente con la juventud en situación de calle o en contextos de alta vulnerabilidad social, funciona como un marcador de estigma social, reforzando estereotipos negativos sobre ciertos grupos poblacionales.

<sup>10</sup>Si lo situamos en el marco de la teoría de la distinción, este tipo de juicios permiten observar cómo los actores movilizan el gusto como un recurso de legitimación simbólica. La desvalorización estética se convierte así en una estrategia de diferenciación moral que reafirma posiciones sociales, transformando la desigualdad estructural en diferencia culturalmente aceptada (Bourdieu, 2014).



que naturaliza las jerarquías sociales (Bayón, 2019).

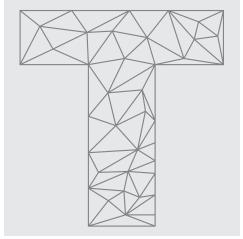
En otros contextos, los sistemas de separación suelen recurrir a elementos “objetivos” que justifican la evaluación negativa de ciertas corporalidades y su estética. Por ejemplo, se apela a justificaciones basadas en postulados aparentemente científicos (“*algunos estudios demuestran que...*”, “*en términos médicos no es saludable estar en dichas condiciones*”) para reducir la carga moral de estas apreciaciones. Estas narrativas reflejan algunos principios contemporáneos, donde el cuidado y culto al cuerpo actúan como mecanismos de control sobre los sectores marginados. En estos relatos, las restricciones estructurales que limitan las elecciones individuales se pasan por alto, y en su lugar, se atribuye la responsabilidad únicamente a las decisiones personales. Esto se ilustra en el siguiente fragmento, resultado del proceso de foto-licitación:



Fuente: Fotografía retomada del Facebook.

Pues no tengo ningún problema, pero siempre digo que no deberían estar orgullosos de eso, porque yo me dedico al deporte y porque de niño tuve obesidad. Yo fui muy gordo, hasta que ya fui más grande que me di cuenta de que estaba mal. Tuve problemas en la escuela, me llegaron a molestar. Y ya que empecé a crecer más, dije: “*no es bueno, me está trayendo problemas de salud*”, entonces por eso es que yo digo: “*está bien que se sientan orgullosas, pero estaría mejor que se dieran cuenta que eso le está provocando problemas y se van*

*a morir*”, porque es real. Es como la piel, cuando eres negro, eso no tiene nada de malo. Ser moreno, ser negro, ser amarillo no te da un problema de salud, pero aquí sí hay un problema de salud y no puedes estar orgulloso de eso. Yo digo que se tatuó esa frase [“*fat power*” o “*poder gordo*” en español] por los problemas que tuvo y llegó un momento en el que tal vez dijo: “*no puedo bajar de peso, pues a la verga, me tatúo*”, o dijo: “*no quiero, simplemente no quiero llevar una vida sana y quiero sentirme orgullosa. Y no quiero que lo que los demás me digan me afecte*”, y para demostrar eso, se lo tatuó, para que los demás lo vean y digan: “*no le importa estar gorda*”. [Arturo, 37 años, instructor de artes marciales, residente de la periferia oriente]

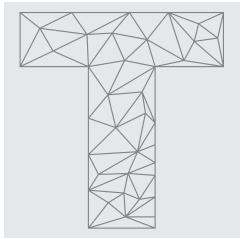


Antes de profundizar en el posicionamiento de Arturo sobre la obesidad, es crucial examinar su comparación con la pigmentación de la piel. Aunque aparentemente intenta presentar el color de piel como una característica neutral fuera del control individual, su discurso revela sutilmente la persistencia de jerarquías raciales internalizadas. Al afirmar que “ser moreno, ser negro, ser amarillo no te da un problema de salud”, Arturo inadvertidamente reafirma la norma implícita de la piel “blanca”<sup>11</sup> como punto de referencia. Este intento de neutralidad racial, paradójicamente, expone cómo las estructuras de poder y los esquemas de clasificación racial siguen operando incluso en discursos que pretenden ser igualitarios. Así, en su esfuerzo por desligar el valor moral del color de piel, termina reproduciendo las mismas jerarquías que intenta negar, ilustrando cómo las categorías raciales están arraigadas en nuestros sistemas de percepción y evaluación social.

Por su parte, el análisis de la narrativa de Arturo sobre la obesidad revela una compleja interacción entre discursos médicos, juicios morales y estructuras sociales de exclusión. Su perspectiva sobre el peso corporal trasciende la mera preocupación por la salud, convirtiéndose en un potente marcador de valor moral y responsabilidad individual. Esta postura, sin embargo, simplifica drásticamente la naturaleza multifacética de la obesidad, reduciéndola a una cuestión de voluntad personal y autodisciplina, ignorando así las intrincadas intersecciones entre condiciones sociales, trayectorias de vida y estructuras socioeconómicas que influyen en la conformación de las corporalidades (Flint y Reale, 2016). Aquí se evidencia la dimensión performativa de la moral del cuerpo: al narrarse como “superado”, Arturo reproduce la figura del sujeto neoliberal que se autocorrige y legitima su posición a través del esfuerzo individual.

Este recurso narrativo no solo refuerza un discurso meritocrático que invisibiliza las barreras estructurales enfrentadas por diferentes individuos, sino que también perpetúa la culpabilización de las personas por condiciones que, en gran medida, están fuera de su control inmediato. La aparente preocupación, manifestada a través de referencias a “problemas de salud” y la idea de una “vida sana”, no representa una genuina inquietud por el bienestar del otro, sino que opera como un mecanismo de diferenciación social que demarca la superioridad moral y física de ciertos cuerpos sobre otros. El “cuerpo saludable” emerge como una forma contemporánea de capital moral que distingue a los sujetos capaces de autogobernarse frente a aquellos que encarnan el desorden o la falta de control.

<sup>11</sup>La denominación “piel blanca” conlleva implícitamente una serie de construcciones socioculturales que contraponen lo “oscuro” o “negro” con representaciones frecuentemente negativas. Esta dicotomía cromática se manifiesta en diversos ámbitos del imaginario colectivo: desde la connotación ominosa de la “magia negra”, la asociación de la oscuridad nocturna con el temor, hasta el uso simbólico del negro en rituales funerarios. Tales asociaciones no son meras coincidencias semánticas, sino que reflejan estructuras de pensamiento que contribuyen a la reproducción de jerarquías raciales y sociales persistentes en las relaciones cotidianas.



A lo largo de la investigación, se evidenció una persistente producción de narrativas que revelan cómo los juicios corporales actúan como poderosos dispositivos de control y disciplinamiento de la autoexpresión y la autoaceptación. La interpretación de Arturo del tatuaje “*fat power*” como un signo de resignación o como un desafío a los estándares de salud hegemónicos, niega categóricamente la posibilidad de que este acto constituya una expresión legítima de identidad y una forma de resistencia contra la estigmatización social.

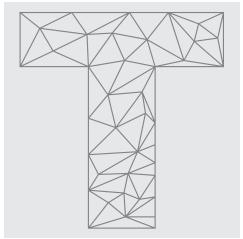
Este análisis pone de manifiesto cómo las estrategias discursivas que aparentan objetividad médica y preocupación por el bienestar pueden, en realidad, funcionar como sofisticados mecanismos de reproducción de desigualdades y jerarquías sociales. La patologización de ciertos cuerpos no solo perpetúa estigmas, sino que también legitima formas sutiles de violencia simbólica que permean las interacciones cotidianas y las instituciones sociales, reforzando así las estructuras de poder y exclusión existentes.

<sup>7</sup>En este sentido, si operamos en términos Bourdieusianos, el relato de Julio muestra cómo los mecanismos de distinción transforman las diferencias de clase en jerarquías morales. El “buen gusto” actúa como una forma de violencia simbólica que reviste de legitimidad estética las desigualdades sociales, haciendo que las fronteras de clase se experimenten como diferencias naturales de estilo o carácter.

## VI. A manera de cierre: Jerarquías del gusto y política del cuerpo

El recorrido analítico de este trabajo permite afirmar que la desigualdad no sólo se mide en recursos o posiciones, sino que también se siente, se mira y se encarna. Las prácticas estéticas corporales — particularmente el tatuaje — condensan tensiones entre autonomía y control, entre libertad expresiva y normas de respetabilidad. Más que adornos o elecciones individuales, los tatuajes funcionan como signos sociales que traducen la posición del cuerpo en el espacio de las jerarquías. En ellos se proyectan valoraciones morales y juicios estéticos que, al tiempo que parecen personales, reproducen distancias sociales y legitiman privilegios simbólicos. Lo que las entrevistas revelan no es solo cómo se mira el cuerpo del otro, sino cómo el cuerpo se convierte en el punto de anclaje desde donde se ordena el mundo social.

En este sentido, la violencia simbólica se actualiza en los gestos cotidianos del gusto: en la forma en que se distingue lo “cuidado” de lo “descuidado”, lo “auténtico” de lo “vulgar”, lo “saludable” de lo “incorrecto”. Estas categorías, lejos de ser neutras, actúan como dispositivos de clasificación que naturalizan la desigualdad bajo el lenguaje de la estética y la moralidad. El tatuaje aparece así como un umbral de lectura donde las diferencias de clase, género y raza se hacen visibles y sensibles, pero también discutibles. Su carácter performativo —el modo en que el cuerpo se exhibe, se oculta o se justifica— expone los límites de la respetabilidad y las formas en que

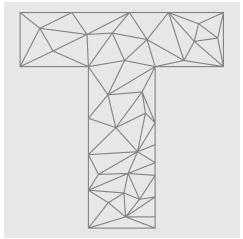


literalmente en la piel. En lugar de representar una democratización del cuerpo, las prácticas corporales muestran la sofisticación con que la dominación se reinventa bajo formas de autonomía controlada.

Este estudio sugiere que pensar la desigualdad desde el cuerpo obliga a desplazar la mirada hacia las formas sensibles de la jerarquía. Comprender cómo se marcan, se leen y se juzgan los cuerpos tatuados permite reconocer que la estratificación social no solo atraviesa instituciones y economías, sino también gestos, afectos y miradas. Desde América Latina, donde la desigualdad adopta modulaciones históricas y estéticas específicas, el cuerpo tatuado puede leerse como un espacio de disputa simbólica: a la vez estigmatizado y reivindicado, domesticado y subversivo. La sociología del cuerpo encuentra aquí una vía para pensar la desigualdad no como una estructura distante, sino como una experiencia que se hace carne, como una política de las apariencias donde la piel se convierte en superficie de legitimación y de resistencia.

## Referencias

- Ahmed, S. (2000). *Strange encounters: Embodied others in post-coloniality*. London, UK: Routledge.
- Bahbha, H. (1983). “The other question: the stereotype and colonial discourse”, *Screen*, 24(6):18-36.
- Bayón, C. (2019). “La Construcción Social de la Desigualdad. Reflexiones sobre convivencia y justicia social en tiempos de neoliberalismo”, en Bayón, Cristina (coord.), *Las grietas del neoliberalismo. Las dimensiones de la desigualdad contemporánea en México*, Ciudad de México, México: IIS-UNAM.
- Bayón, C. y Moncrieff, H. (2022). Estigmas, performatividad y resistencias. Deconstruyendo las figuras demonizadas de jóvenes de sectores populares en América Latina. OBETS. *Revista de Ciencias Sociales*, 17(1), 63-80. <https://doi.org/10.14198/OBETS2022.17.1.04>
- Bennett, T., Savage, M., Silva, E. B., Warde, A., Gayo-Cal, M. y Wright, D. (2009). *Culture, class, distinction*. London, England: Routledge.
- Blackman, L. (2021). *The body. The key concepts*, New York, USA: Routledge.



Boudreau, J. A., Ferro Higuera, L. y Villamar Ruelas, A. (2020). Ser y estar en lo urbano. Un acercamiento espacio-temporal al tatuaje. *Disparidades. Revista De Antropología*, 75(2), e022. <https://doi.org/10.3989/dra.2020.022>

Bourdieu, P. (1996). *Cosas Dichas*, Ciudad de México, México: Gedisa.

Bourdieu, P. (2012). *La dominación masculina*, Barcelona, España: Anagrama.

Bourdieu, P. (2014). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Ciudad de México, México: Taurus.

Chan, T. W. (ed.) (2010). *Social status and cultural consumption*, Cambridge: Cambridge University Press.

Douglas, M. (1973). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid, España: Siglo XXI.

Edwards, E. (2001). *Raw Histories: Photographs, Anthropology and Museums*. Berg.

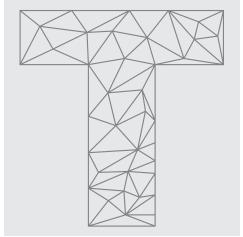
Flint, S. W. y Reale, S. (2016). Weight stigma in frequent exercisers: Overt, demeaning and condescending. *Journal of Health Psychology*, 23(5), 710-719. <https://doi.org/10.1177/1359105316656232>

Harper, D. (2002). *Talking about pictures: A case for photo elicitation*, Visual Studies, 17(1), 13-26.

Harper, D. (2012). *Visual Sociology*, New York, USA: Routledge.

Izaola, A. y Zubero, I. (2015). La cuestión del otro: forasteros extranjeros extraños y monstruos, *Papers: revista de sociología*, 100(1), 105-129. <https://dx.doi.org/10.5565/rev/papers.649>

Jarness, V. y Sølvberg, L. (2019). Assessing Contradictions: Methodological Challenges when Mapping Symbolic Boundaries, en *Cultural Sociology*, 1-20.



Kleinman, A. (2000). The violences of everyday life: the multiple forms and dynamics of social violence. In Veena Das, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele y Pamela Reynolds, (eds.), *Violence and Subjectivity*. Berkeley, CA: University of California Press, pp. 226-241.

Kosut, M. (2000). Tattoo Narratives: The Intersection of the Body, self-identity and society. En *Visual Sociology*, 15(1), 79-100.

Lamont, M. (1992). Money, Morals, and Manners: *The culture of the french and american upper-middle class*. Chicago: University Chicago Press.

Lamont, M. (2000). *The dignity of working men: Morality and the boundaries of race, class and immigration*. Cambridge, MA: Harvard University Press, New York: Russell Sage Found.

Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

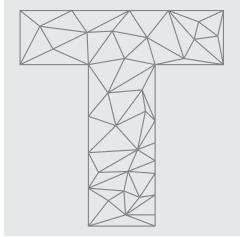
Le Breton, D. (2010). *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Le Grand, E. (2019). Conceptualising Social Types and Figures: From Social Forms to Classificatory Struggles. *Cultural Sociology*, 13 (4), 411-427. DOI: <https://doi.org/10.1177/1749975519859962>

Newman, K. (1999). *No shame in my game: the working poor in the inner city*, New York, USA: Knopf and the Russell Sage Foundation.

Poole, D. (2000). *Visión, raza y modernidad: Una economía visual del mundo andino*. SUR Casa de Estudios del Socialismo / IEP.

Recinas, S. (en prensa). *Tinta y distinción: sobre procesos de diferenciación y estratificación social en la ocupación de tatuador en México*. Ciudad de México: Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.



Recinas, S. (2024). Estéticas de distinción: sistemas de valoración e inequidad en la ocupación de tatuador en México. *Estudios Sociológicos*, 42, 1-15. <https://doi.org/10.24201/es.2024v42.e2597>

Rivera, K. J. (2024). Ink leisure: deviant or divine. *World Leisure Journal*, 1-17. <https://doi.org/10.1080/16078055.2024.2377147>

Sayer, A. (2005). *The Moral Significance of Class*. Cambridge: Cambridge University Press.

Simmel, G. (2014) *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Skeggs, B. (1997). *Formation of Class and Gender: Becoming Respectable*. London: Routledge.

Southerton, D. K. (2002a), "“Us” and “them”: identification and class boundaries.' *Soundings*, 21, pp. 133-47.

Southerton, D. K. (2002b), 'Boundaries of “Us” and “Them”: class, mobility and identification in a new town', *Sociology*, 36 (1), pp. 171-93.

Turner, B. (2008). *The body and society: explorations in social theory*, London: Sage.

Tyler, I. (2018) “Resituating Erving Goffman. From stigma power to black power, *The Sociology of Stigma: Sociological Review Monographs*, 2018, Vol.66 (4): 744-765.

Tyler, I. (2020). *Stigma. The machinery of inequality*, London, UK: Zed.